

Del enamoramiento al amor, un recorrido humano

En el amor matrimonial hay que poner en juego todos los dinamismos humanos, y hoy voy a centrarme en cuatro esenciales: el cuerpo, los afectos, la inteligencia y la voluntad.

CUERPO

Es evidente que el cuerpo tiene un papel relevante en el amor matrimonial, pero ¿cuál es?, ¿cuándo entra en juego?, ¿en qué medida?, ¿con qué límites, si alguno?

El peligro y la deformación que provoca en el amor un exceso de 'corporalidad' consiste en acabar identificándolo con la mera relación sexual. Y, si no conceptualmente, lo que parece demasiado burdo, hay gente que vivencialmente reduce el amor a sexo. Pienso que esta es una tentación más masculina que femenina.

Hay una virtud decisiva que protege de esta reducción. Tradicionalmente se ha conocido como pudor, aunque hoy en día esta palabra casi escandalice.

[La educación del pudor: el cuerpo humano, un cuerpo personal¹

La cabal comprensión del amor humano y, dentro de él, del amor matrimonial, exige una **adecuada educación del pudor**, que ha de comenzar ya en edades tempranas, sobre todo por la vía del ejemplo, y prolongarse durante los años de la pubertad hasta enraizar en la persona como una virtud transversal.

Desde el momento en que el desarrollo intelectual y un adecuado uso de razón permitan analizar la virtud del pudor y aprehenderla conceptualmente, conviene **enmarcarla en el ámbito que le es propio: el de la intimidad**. Con ello se evitará constreñir el pudor al aspecto más corporal, que siendo importante, no es el único, al tiempo que propiciará un armónico desarrollo psicoafectivo.

El pudor está presente en el hombre porque tiene intimidad. **Tiende a ocultar hechos exteriores o estados interiores**. Pero este disimulo no está directamente vinculado a algo malo (hay quien, por pudor, disimula lo bueno). **No es, pues, primariamente moral**, sino que se vincula a la experiencia de no querer exteriorizar lo que ha de permanecer oculto en la intimidad de la persona. El pudor, eso sí, es el germen de la castidad.

El **pudor sexual** es aquel que se manifiesta respecto de las **partes y órganos que determinan el sexo**. Busca evitar que el otro confunda lo que ve con lo que soy: **mi cuerpo es más que mi cuerpo**, pretende decir el pudor. *No me mires como a un objeto, soy un cuerpo personal, tengo un dentro que también forma parte de mí.*

¹ El presente apartado está tomado, en su mayor parte, del trabajo de Juan de Dios Larrú "El significado personalista de la experiencia del pudor en K. Wojtyła", publicado en la obra colectiva "La filosofía personalista de Karol Wojtyła, coordinada por Juan Manuel Burgos, Editorial Palabra, Madrid, 2007.

Por otra parte, como explica José Noriega en "El Destino del Eros", el pudor constituye una reacción de autodefensa ante el riesgo de ser reducido por la mirada ajena del mismo que mis tendencias quieren a veces reducir a los demás, contemplando sus cuerpos como un mero objeto de placer. En esta faceta, el pudor tutela nuestra subjetividad, nuestra condición de sujetos, de personas, para que nadie se deje vencer por la tentación de considerarnos meras cosas al servicio de su placer sexual. Y al tiempo que protege nuestra subjetividad, al ocultar los atributos sexuales, ayuda a evitar que se genere en los demás la intencionalidad inadecuada de observarnos solo como tal objeto de placer.

Su **primera manifestación es el vestido**, que tiene que ver también con la manifestación de mi personalidad expresada en la forma de vestir, que individualiza mientras que la desnudez estandariza hasta hacer desaparecer la individualidad. Pero pudor **no se identifica** con vestido ni impudicia con desnudez, pues el vestido puede servir tanto para ocultar como para evidenciar los valores sexuales (basta con ver un video de Madonna o Lady Gaga). El ejemplo clásico para ilustrar esta diferencia es el de la **mujer desnuda que posa para un artista**. La modelo no experimenta pudor ante la mirada del artista, pero si dos jóvenes se asoman a la ventana, siente vergüenza. Y, de la misma manera que un vestido puede ser impúdico, también la **desnudez puede ser púdica**. Así sucede en aquellos casos en que cumple una función objetiva (que el médico me reconozca, la unión sexual con mi esposo...) y solo se convierte en impúdica cuando aquella desaparece.

Benedicto XVI, en el discurso del XXV aniversario del Instituto de la Familia Juan Pablo II, tuvo ocasión de explicar la correcta visión del cuerpo humano como lugar donde habita el espíritu. Y lo hizo recordando una anécdota de **Paolo Veronese**, quien, poco después de la muerte de Miguel Ángel, había pintado una Última Cena en la que había incluido algunas figuras inapropiadas (soldados alemanes, enanos, borrachos sangrando por la nariz...). Al ser llamado por la Inquisición y no lograr convencerles, el pintor respondió que también en la Capilla Sixtina los cuerpos de Nuestra Señora, del Salvador y de todos los demás estaban representados desnudos, con poca reverencia.

"Fue el mismo inquisidor el que defendió a Miguel Ángel -explicaba el Santo Padre- con una respuesta que se hizo famosa: '**¿No sabes que en estas figuras no hay nada que no sea espíritu?**'

"En la actualidad nos cuesta entender estas palabras -reconoció el papa- porque el cuerpo aparece como materia inerte, pesada, opuesta al conocimiento y a la libertad propias del espíritu. Pero los cuerpos pintados por Miguel Ángel están llenos de luz, vida, esplendor.

"Quería mostrar, de esta manera, que nuestros cuerpos esconden un misterio -continuó el Papa-. En ellos el espíritu se manifiesta y actúa. Están llamados a ser cuerpos espirituales".

Naturalmente, el pudor es **educable**, explica Larrú en el libro citado. En distintas culturas hay distintas vivencias del pudor. Hay que aceptar que hay una cierta **relatividad** en la definición de lo impúdico. Sin embargo, el **impudor** mismo no es relativo, pues lleva a cabo una **despersonalización** por la sexualidad, que aparece groseramente estándar e indiferenciable. El pudor oculta los valores sexuales para no

convertir el cuerpo en mero objeto de placer, en instrumento a disposición del otro, con la degradación que ello supone.

Conviene aquí evitar los extremos, que pueden llevar al pansexualismo de cierta cultura actual o a la pudibundez de ciertas aproximaciones meramente formales y reglamentistas, lo que ha de lograrse por la vía del conocimiento, de la comprensión del verdadero valor y sentido del pudor.

Un aspecto importante en la educación del pudor es insistir en la **diferente vivencia del pudor**, y, por lo tanto, de la sexualidad, en el hombre y en la mujer, no por conocida mejor comprendida ni mejor respetada.

El **varón** tiene una sensualidad más **fuerte y acentuada**. Percibe los valores sexuales muy corporalmente y los experimenta de manera más instintiva e impetuosa. Es **más vulnerable** a ver el cuerpo de la mujer como mero objeto de placer. Su **mirada** instintiva es una mirada **anatómica**. Al mismo tiempo, el hombre educado en el pudor, **siente vergüenza** por esta tendencia más instintiva que le cuesta controlar.

La **mujer** experimenta una sensualidad **más afectiva**, menos corporal, más espiritual, si se quiere. **Percibe más los valores personales** que los sexuales. Su **mirada** del varón no es anatómica, sino **psíquica**, penetra antes y mejor que el varón la personalidad. Edith Stein lo explica de manera mucho más poética: *“yo pienso que la relación entre alma y cuerpo no es completamente la misma, que la unión natural al cuerpo es de ordinario más íntima en la mujer. Me parece que el alma de la mujer vive y está presente con mayor fuerza en todas las partes del cuerpo y que queda afectada interiormente por todo aquello que ocurre al cuerpo”*.

Curiosamente, al no encontrar en sí misma una sensualidad tan fuerte como la del hombre, la mujer siente **menos necesidad de esconder su cuerpo**, objeto de posible placer, porque le cuesta más concebir la contemplación de un cuerpo desprendido de la persona, del espíritu. Se da, pues, la **paradoja** de que la mujer, siendo originariamente **más casta**, le resulta **más difícil** vivir la experiencia del pudor.

Esta realidad tiene **consecuencias muy interesantes** a la hora de educar en el pudor. El **abandono** de la educación en el pudor de nuestros adolescentes genera que las jóvenes no conocen la psicología sexual masculina y viceversa, de modo que al **varón** no se le enseña que la vivencia de la sexualidad por la mujer exige que él aprenda a **integrar la sensualidad en la afectividad**, y a la **mujer** no se le explica que el varón difícilmente verá **afectividad en las demostraciones de sensualidad**.

También tiene consecuencias relevantes en la **relación matrimonial**, algunas casi **contradictorias**. Si, por una parte, en los niveles más superficiales y frívolos, se ha producido una **masculinización** de la aproximación al sexo por parte de la mujer, a la que se fuerza a adoptar roles y modos masculinos, más tendentes a la mera percepción de lo carnal; por otra, en los estadios más cultivados se experimenta una cierta **feminización** de la vivencia sexual, de modo que muchas mujeres rechazan, por considerarla impropia del ser humano, la atracción meramente corporal que generan en el varón, quien se siente casi culpable de percibirla así, sin más, y, en casos extremos, no se atreve a solicitar la relación íntima.]

La entrega del cuerpo es la entrega de mí mismo²

El camino para **superar esta visión degradante de la persona**, como mero cuerpo-objeto, es la consideración del propio cuerpo como un **cuerpo personal**, en que lo material (la parte orgánica) y lo inmaterial (el espíritu) están íntimamente unidos, en una **simbiosis** tal que no es posible la escisión. Todo lo que afecta a mi cuerpo tiene reflejo en mi espíritu, y viceversa.

Solo así se puede entender el significado de entrega esponsal, que es entrega del cuerpo y del espíritu en el grado y medida en que cada una de estas realidades pueden entregarse y, al mismo tiempo, con la interdependencia e influencia mutua que cada una ejerce en la otra.

Lo **constitutivo** del amor es la **entrega**, la entrega cabal de la persona. Ahora bien, esa entrega se realiza en **distintos grados**. Es cierto que debemos amar a todo el mundo. Y podemos hacerlo, porque el amor como valor espiritual no desmerece ni disminuye, al contrario, se intensifica cuanta más gente participa de él. Esto sucede con todos los **bienes o realidades espirituales** (alegría, emoción, tristeza..., cuanta más gente participa de ellos, más intensos son). Sin embargo, los bienes materiales, también los temporales, sí desmerecen y disminuyen cuanta más gente los posee (tocan a menos: cantidad: un pastel, espacio: las gradas un estadio de fútbol, o el tiempo, que siendo inmaterial es medible: un coche de alquiler).

"Si nuestro cuerpo está llamado a ser espiritual, ¿no deberá ser su historia la de la alianza entre el cuerpo y el espíritu? De hecho, lejos de oponerse al espíritu, el cuerpo es el **lugar donde el espíritu habita**. A la luz de esto, es posible entender que nuestros **cuerpos** no son materia inerte, pesada, sino que **hablan**, si sabemos escuchar, con el lenguaje del amor verdadero"³

El hombre no es puro espíritu, sino cuerpo y alma, como hemos dicho, y **expresa su amor a través del cuerpo**, y en distintos grados (no es lo mismo amar a un cliente que a un marido: al primero se le da la mano, al segundo la intimidad corporal; el amor al primero exige sólo tratarle como persona y con justicia, el amor al segundo exige la entrega plena).

El cuerpo expresa el grado de amor: un apretón de manos, un guiño, una caricia, un beso, una relación sexual plena: ésta última es el corolario de un amor total. Por lo tanto, el **amor corporal va disminuyendo su ámbito de expansión a medida que la entrega crece en intensidad**.

Cuando la **entrega es total**, cuando incluye la intimidad corporal, "la capacidad procreadora con todas las dimensiones que la enriquecen" (es decir, afectos, confianzas, caricias, atenciones...), **ha de ser única y exclusiva**, a una sola persona; si no, no es completa, pues lo determinado por la materia sólo puede ser poseído plena y absolutamente por uno solo. La **donación parcial** (reservándose el derecho de donar el cuerpo a otros, por ejemplo) es **incompatible** con la **dignidad** de la persona humana y

² En este apartado se sigue a Tomás Melendo Granados, en "Ocho lecciones sobre el amor humano", Ediciones Rialp, Madrid, 1992, págs. 137 y ss.

³ Benedicto XVI, Discurso del XXV aniversario del Instituto de la Familia Juan Pablo II, 13 de mayo de 2011.

su **carácter pleno e indivisible**. La entrega implica dar la posesión de nuestro cuerpo a nuestro cónyuge para que lo posea no al modo en que las cosas se poseen, sino al modo en que posee su propio cuerpo.

En este momento, cuando la entrega se hace recíproca y definitiva, el pudor queda **asumido por el amor**. No se extingue, pero se transforma. Ya no es necesario ocultar el cuerpo como objeto de placer porque la mirada de quien ha decidido amarnos para siempre no nos reducirá nunca a ese nivel. Nuestro cuerpo le atraerá, y así debe ser, pero lo contemplará siempre como un cuerpo personal, como a su propio cuerpo. De la ocultación, el pudor pasará al cuidado, a la ternura, a la delicadeza en el trato de lo corporal.

Y es que, en efecto, el **sexo como objeto**, desprendido de su condición personal (de su pertenencia e integración en una persona determinada), **acaba dañando**, lastrando a la persona que cae en sus redes.

En una **perspectiva superficial, frívola**, cabe contemplar la relación sexual como un mero divertimento y pensar que no afectará a nuestro ser en lo profundo, porque no le damos ninguna importancia. Pero este enfoque procede de una visión ingenua y poco ilustrada. Como hemos dicho, el sexo es la persona; **mi cuerpo soy yo, y todo lo que a él acontece, a mí me pasa**. Si trato a mi sexualidad como a un objeto, me hago yo objeto con ella... y me incapacito para amar.

Además, el **efecto unitivo** propio de la relación sexual sigue actuando a este nivel, pero su orientación es errónea, equívoca. En cada relación sexual **se deja algo de uno mismo** porque, a pesar de que se la maltrate y se abuse de ella en un entorno inadecuado, por su misma grandeza sigue tendiendo a la entrega, a la donación, con lo que uno **se va vaciando por dentro**, perdiendo a jirones la capacidad de amar por entero. Cada nueva relación añade un nuevo desgarró y nos aleja del amor verdadero.

En el fondo, esa relación que parece personal se mueve en los niveles inferiores y **subordina lo personal a lo genital** (en el mejor de los casos, a lo emocional). En ocasiones, de hecho, el rechazo de lo espiritual y su exclusión son tan burdos (prostitución, promiscuidad donjuanesca...) que la relación propiamente dicha no se entabla con una persona, sino con un cuerpo des-personalizado. Entonces, la asimilación y mutua dependencia que este sucedáneo del amor procura no se produce con una persona, sino con un cuerpo, con una materia, lo que provoca un acercamiento, una identificación y una dependencia respecto de una realidad muy inferior a nosotros mismos: un cuerpo desasido de la persona que es (si esto fuera ontológicamente posible).

Se experimenta entonces una **pérdida de libertad**. Surge una **dependencia del placer sexual** difícil de vencer, un ligamen solo corporal —genital— que nos engaña bajo el disfraz de una relación interpersonal. Todas nuestras **facultades** quedan ‘**tocadas**’, hipotecadas por esta experiencia, que permanecerá en nuestra memoria, desorientará nuestra inteligencia y debilitará nuestra voluntad. En el futuro, nuestra libertad estará comprometida porque esa experiencia, aunque no lo percibiéramos, **habrá implicado a toda nuestra persona** y, en cierto modo, nos habrá encadenado. En adelante, arrastraremos una **carga** que **condicionará** nuestros movimientos futuros. Naturalmente que podremos alcanzar las **mismas cotas de libertad** de alguien que no hay tenido esa

experiencia, y aún más, pero con mayor esfuerzo. Habrá que desandar el camino andado, lo que no siempre es fácil.

Entre el pasado y el futuro existe una mutua **interdependencia** en el terreno de la conducta humana. Ambos se funden en el presente; y desde el presente podemos **proyectar el futuro y re-configurar el pasado**. Es cierto que nuestro pasado condiciona, hasta cierto punto, el futuro, pues cuando tomamos una decisión proyectiva, cuando **elegimos una trayectoria**, disponemos de los **talentos**, virtudes y competencias que hemos sido capaces de desarrollar hasta ese mismo **momento**, y, a nivel humano, solo con ellos podremos afrontar el nuevo reto. Pero también es cierto que nuestro **pasado recibe una nueva luz**, un nuevo enfoque y perspectiva en función del futuro que decidimos en el presente. Por eso decimos que la **libertad humana es capaz de “rehacer” el pasado**, porque puede modelarlo, transformarlo, **realzando lo que suma y atenuando lo que resta**. Podemos, en definitiva, hacernos de nuevo. **Agustín de Hipona** es un buen ejemplo de lo que intento demostrar. Parecía abocado a una vida frívola y desgraciada, dependiente, esclava de sus pasiones; sin embargo, tras su conversión, tomó una **determinación radical**, y fue de tal calibre personal, de tal **fuerza configuradora**, que fue capaz de **recoger** todo su **pasado e integrarlo** en esa decisión, hasta el extremo de que incluso los actos más depravados y desviados que acaso había cometido cooperaron en su obra futura, dándole una **comprensión** y perspicacia acerca de la **debilidad de la naturaleza humana** que de otro modo quizás no hubiera alcanzado. El **riesgo**, naturalmente, es **no llegar** a tomar esa determinación o -como les pasa a tantos- que, una vez tomada, **quede sepultada, ahogada** por la inercia de una vida desordenada e improductiva. Podríamos concluir diciendo: es posible siempre volver a empezar, pero cuanto más retrasamos la decisión más difícil se hace porque más hipotecada está nuestra voluntad.

Esta realidad explica el **poder adictivo** de la sexualidad. Cuando el sexo se desgaja de la persona y se reduce a un objeto, **no llega nunca a saciar** los anhelos profundos del corazón humano y se cae en una espiral de insatisfacción similar a la que se produce cuando centramos nuestra atención y ponemos nuestras aspiraciones en los objetos y no en las personas. Al igual que sucede a tantas personas con los **aparatos electrónicos**, quien cae en la red del sexo despersonalizado va siempre en pos de lo último, lo nuevo, lo máximo de placer que pueda procurar, pues ese es el único efecto que va a experimentar.

Cuando la relación sexual se enmarca en una **donación mutua** y total esto no sucede. **No hay aquí merma**, sino desarrollo, evolución, progreso de la libertad. La **libertad se conquista a golpes de libertad** o, si se prefiere, a golpes de elección. Escogido el camino del matrimonio con un compromiso firme y para siempre, la libertad ha actuado en el sentido recto, ha elegido bien y se abre ante ella un nuevo horizonte en el que hacerla fructificar. La **relación sexual** cobra entonces todo su **sentido**, se **eleva** al plano que le es propio, se engrandece en el entorno adecuado, el de la persona en su integridad, y los actos sexuales **no encuentran como destinatario un cuerpo cualquiera**, sino un **cuerpo personal**, el de la persona amada. Para dos que han decidido emprender un mismo camino, alcanzar unas mismas metas, compartir una vida y donarse todo mutuamente, la unión y el ligamen que la relación sexual genera es una

ventaja y no un obstáculo. Para dos que no han ‘hecho’ esa opción, la relación sexual se convierte en una **atadura absurda** que acaba siendo una rémora para la trayectoria individual de cada uno de ellos, pues les sujeta a la otra persona o a su cuerpo o genitalidad y no les deja en libertad para seguir su camino. El efecto unitivo de la relación sexual tiende, además, a prolongarse indefinidamente y, también indefinidamente, reclama su presencia, lo que constituye, de nuevo, una gran ventaja en el seno del matrimonio y un gran obstáculo fuera de él.

AFECTOS

El sentimiento es un ingrediente fundamental en el amor humano, al punto de que no pocas personas lo identifican con el mismo amor. Podríamos decir que la afectividad, como facultad específicamente nuestra, ‘humaniza’ el amor. Un amor sin sentimiento no nos corresponde.

Cuando uno se enamora surge una sintonía de caracteres; se va descubriendo la persona del otro. Hay quien se enamora de lo afín y quien de lo diverso. Las trayectorias del amor son tan variadas como las personas que las recorren.

Sin embargo, la identificación plena entre sentimiento y amor genera un efecto muy pernicioso: confundir la persona amada con el sentimiento que provoca. Quien habita en este ámbito meramente sentimental, sin poner en juego otras facultades humanas: voluntad, inteligencia, memoria, imaginación..., acaba inevitablemente enamorado de su propio enamoramiento, de la sensación de estar enamorado. Y la consecuencia de esta confusión no se hace esperar: si el destino de mi amor es “sentirme enamorado”, cuando deje de experimentar este afecto, pensaré que mi amor se ha extinguido y me veré impulsado a sustituir al amado y cambiarlo por otro que me haga sentir lo que anhelo.

Gary Chapman, en “Los cinco lenguajes del amor”, alude a las tres razones que otro autor americano, Peck, da para explicar por qué el enamoramiento no es aún verdadero amor:

- No es un acto de la voluntad ni una decisión consciente. Nadie puede decidir enamorarse; el enamoramiento le asalta a uno.
- No requiere esfuerzo: el tiempo, el dinero, los regalos, los proyectos..., nada cuesta esfuerzo en este período.
- El enamoramiento no está interesado en el auténtico crecimiento personal propio ni del otro; al contrario, genera la falsa sensación de que ya se ha llegado y no puede haber nada mejor. Confunde el punto de partida con el punto de llegada. El amor auténtico, por el contrario, siempre recomienza y quiere que el amado crezca y sea cada vez más y mejor.

Como explica Joan Costa Bou en su escrito “¿Por qué hemos de casarnos?”, el problema del amor no comprometido es que sitúa el centro de gravedad en mí mismo y no en la persona amada. Al no prometer un amor para siempre, yo me convierto en el criterio de valoración del otro: él o ella valen solo en la medida en que colman mis expectativas, en que satisfacen mi interés, por elevado que este sea. El amor auténtico y pleno ama al

otro por lo que él es y no por lo que me aporta a mí. Entonces sí, el amor se convierte en don, en entrega y se hace cabal. Esta es la lógica del amor, una lógica del todo o nada: o me entrego o le utilizo. Si no es don, es interés.

Es cierto que los dos que se aman pueden estar de acuerdo en no comprometerse, pero esto no soluciona el problema, más bien lo agrava porque significa que los dos están de acuerdo no en amarse, sino en utilizarse mutuamente, en ser uno y otro (al menos en parte) instrumentos, lo que dañaría igualmente a su dignidad de persona.

El consentimiento matrimonial no es un “consentimiento continuado”. Crea un estado nuevo, una relación que implica a toda la persona. No es cierto que todas las cosas desaparezcan cuando desaparece la causa que las crea. Cuando el sol no está desaparece su calor, pero un cuchillo hiere y no cura, de la misma manera que un lápiz escribe pero no borra. El consentimiento matrimonial genera el vínculo matrimonial, pero no lo hace depender continuamente de él. El consentimiento continuado es una falacia porque exigiría una dependencia y atención ininterrumpida que no permite la naturaleza humana: mi voluntad no puede estar constantemente manifestando, durante todos los segundos de mi vida, el amor que prometí un día. Lo único que puedo prometer es que seré capaz de crear un vínculo de amor que defenderé, enriqueceré y cuidaré durante toda mi vida. Quizás el ejemplo de la paternidad pueda arrojar algo de luz: el acto sexual crea el vínculo de paternidad que sigue a la generación de una nueva vida, pero, una vez creado ese vínculo, ya no puedo destruirlo. Y no estoy hablando de eliminar al hijo, lo que todo el mundo entiende que es una aberración moral, sino de extinguir el vínculo, la relación. Jurídica y psicológicamente puedo dejar de ser padre y no tenerme por tal, pero moral y biológicamente lo seguiré siendo siempre. En el matrimonio no se ve tan claro porque el vínculo no genera una nueva vida corpórea y tangible, pero sí crea una nueva realidad moral inextinguible: la relación matrimonial, derivada de una entrega plena de la intimidad personal.

Relaciones prematrimoniales: ¿Probamos?

Ante el panorama de un amor para siempre, irrevocable, sin vuelta atrás, surge la respuesta de las relaciones prematrimoniales, de la cohabitación previa al matrimonio. Se trataría de comprobar que la relación va a funcionar. Si tan exigente es el compromiso, si exige quemar las naves y no hay vuelta atrás, entonces hay que estar muy seguro de la decisión, no se puede tomar precipitadamente..., y la fórmula más extendida para contrastar las probabilidades de éxito de una unión específica y determinada parece ser hoy la cohabitación.

Sin embargo, las estadísticas se empañan en acreditar lo contrario de lo que se pretende: “A pesar de la creciente popularidad de la convivencia previa al matrimonio, hace tiempo que ha quedado demostrado que la mayoría de las parejas que han vivido juntos antes del matrimonio tienden a romper su relación después de casarse. Según un informe del National Center for Health Statistics norteamericano, los hombres y mujeres que han vivido juntos antes de casarse tienen menos probabilidades de celebrar juntos el décimo aniversario de su boda que quienes no lo hicieron: el 54% de los que eligieron la cohabitación previa llegan a ese décimo año, mientras que los que esperaron al matrimonio son el 67%”⁴.

⁴ IFFD Papers, n. 5, en www.thefamilywatch.org.

¿Cuáles son las razones que conducen a esta decepción? ¿Por qué es mejor casarse sin haber tenido previamente relaciones sexuales? Veamos algunas de ellas.

- i. La inversión de los términos. La primera pregunta que hemos de hacernos es si realmente pensamos que las parejas cohabitan para ‘probar’. Yo no lo creo. Por lo menos, pongo en duda que esa sea la razón principal. Pienso que la mayoría de parejas inicia una vida en común porque se aman. Se da hoy una fuerte paradoja: se quiere presentar una visión romántica y sentimental del amor (*nos queremos tanto y queremos estar tan seguros de que nuestro amor funcionará que necesitamos convivir ya*), cuando, en realidad, la cohabitación previa acaba subordinando el amor romántico a los aspectos más prácticos y utilitaristas. Se produce una inversión de los términos: ¡se fundamenta y hace depender el amor de la capacidad de convivencia!, cuando la ecuación es la contraria: ¡es la convivencia la que ha de subordinarse al amor! Es la capacidad de amar la que permitirá convivir y no la capacidad de convivencia la que permitirá amar.
- ii. La prueba es imposible. Las personas no se prueban como quien prueba un electrodoméstico, y la relación de amor no se puede probar: es un imposible antropológico y cronológico pretender probar una relación de futuro en función de una relación de presente. El ser humano es proyectivo, dinámico, futurizo, y evoluciona con el tiempo. También las circunstancias que le rodean cambian. ¿Cuándo acaba la prueba?: no es lo mismo sin hijos que con hijos, con trabajo que sin trabajo, a los 30 que a los 60, sano que enfermo..., ¡tendríamos que estar toda la vida probando! No, el amor matrimonial no puede probarse. Las personas se aceptan tal como son y serán, en el grado de amor que a cada una corresponde (al cliente como cliente, al amado como amado, como cónyuge), pero no se prueban.
- iii. No soy el mismo antes que después de casarme. El ‘sí’ me eleva a un grado de amor del que antes no era capaz. El matrimonio contraído mediante una promesa de amor para siempre me capacita para amar. Aunque se ha definido tradicionalmente la virtud como repetición de actos, hay niveles de virtud que solo se alcanzan a través de un acto, una decisión, una determinación (Tomás Melendo). Por ejemplo, el valor para lanzarse en paracaídas no depende tanto de la repetición de saltos cuanto de una determinación de la voluntad en un momento preciso y determinado. Algo similar sucede con el matrimonio. Ese ‘sí’ de una vocación y entrega de por vida me transforma como persona y me sitúa en disposición de poder amar. A partir de este momento ya no exigiré que tú cambies y te aproximes a ti, sino que seré yo el que lo haga para ir hacia ti, para ponerme a tu servicio e intentar hacerte feliz conmigo.
- iv. La verdadera ‘prueba’. En realidad, el noviazgo no es tanto una prueba como un período de conocimiento. Se piensa, equivocadamente, que la relación sexual añade algo sustancial a ese conocimiento mutuo. La verdad es que la relación sexual, y tanto más cuanto más joven se es, enturbia más que aclara el conocimiento del otro como persona. El sexo no es un juguete, es un arma poderosa y un adictivo potente, como sabe bien la industria pornográfica,

que nubla las otras facultades y empaña la elección. El sexo parece disculparlo todo y tiene una fuerza invasiva y atractiva que desvía la atención de lo verdaderamente personal. Otra consecuencia es que surge una dependencia del placer sexual difícil de vencer, un ligamen corporal — genital— que nos engaña bajo el disfraz de una relación interpersonal. Todas nuestras facultades quedan ‘tocadas’, hipotecadas por esta experiencia, que permanecerá en nuestra memoria, desorientará nuestra inteligencia y debilitará nuestra voluntad. En el futuro, nuestra libertad estará comprometida porque esa experiencia, aunque no lo percibiéramos, habrá implicado a toda nuestra persona y condicionará nuestros movimientos futuros. No de manera plena, naturalmente, pues la libertad humana es capaz de rehacer el pasado, pero el esfuerzo será mayor. Habrá que desandar el camino andado, lo que no siempre es fácil. Es decir, la relación sexual, aunque se frivolicé con ella, ejerce siempre su fuerza unitiva, de modo que lo que es una ventaja y una ayuda cuando se instaura un amor definitivo, puede transformarse en una rémora cuando ese amor no es para siempre, al limitar nuestra libertad y no permitirnos decidir con exenta libertad. La verdadera prueba es la del noviazgo que no anticipa la entrega del cuerpo a la entrega personal: quien ha demostrado que es capaz de amar a la persona posponiendo el placer sexual está preparado para amar de manera plena, pues quien puede lo más puede lo menos, y es más (en términos de voluntad) amar sin el placer unitivo de la relación sexual que hacerlo con él.

La tarea del noviazgo no es la prueba de la persona, sino la verificación del amor. Se trata de un período cuyo principal objetivo es ayudarse a adquirir las virtudes necesarias para lograr la posterior comunión matrimonial de vida y de por vida.

En "El Destino del Eros", José Noriega ha destacado el peligro que supone un noviazgo centrado solo en discernir si esa es la persona adecuada con quien compartir la vida. Esta postura desconoce que, antes de que la radical novedad del amor acontezca, no tenemos una idea clara de nuestro destino, de la vida plena a que estamos llamados. Esperar encontrar una persona que responda a un retrato robot confeccionado previamente bloquea la experiencia del amor, que aparece siempre como una revelación, como una llamada (vocación) inédita e impide reconocer a la persona amada en su propia, única y exclusiva personalidad.

Insiste este autor en que la tarea principal del noviazgo consiste en verificar: (i) que la revelación en que el amor consiste ha acontecido también en la otra persona y ambos ven y van en pos de la misma verdad, (ii) que se va dando una concordia mutua en los caminos a recorrer para alcanzar esa verdad, y (iii) que los dos van integrando sus dinanismos (sexualidad, afectividad, inteligencia, memoria, voluntad, imaginación...) en el amor mutuo.

Marta Brancatisano, lo expresa con palabras más poéticas: “La idea de una prueba ni siquiera se nos ocurría, es más, era contraria a aquella idea de desafío, del todo por el todo, que se adaptaba al amor como un guante. El amor verdadero era otra cosa, era aquello que se ofrecía a la forja del tiempo, de todo el tiempo de una vida, en el momento de la decisión definitiva, el del matrimonio (...) Es una metodología que exige el ‘para siempre’, o de lo contrario no funciona. Entre los que consideran que el ‘para siempre’ es imposible y sobrehumano se encuentran los escépticos. Olvidan que

han vivido y deseado un amor que desde el principio y por definición era sobrehumano” (Marta Brancatisano, *La Gran Aventura*).

INTELIGENCIA Y VOLUNTAD

La inteligencia es la cenicienta del amor. Se piensa que tiene poco que ver con el amor, pero un amor no inteligente no es un amor humano cabal. Solo la inteligencia puede descubrir que hay que amar de manera total y definitiva.

El papel de la inteligencia es ya decisivo en el origen del amor. La voluntad sigue a la inteligencia, y ambos y la vida diaria generan el sentimiento. Esto es verdad hasta el extremo de que si la inteligencia convenciera a la voluntad de que no ha de amar, pongo por caso, a un hijo propio, sino, en su lugar, al hijo del vecino, la voluntad se pondría a hacerlo sin dudar. Si, por error, nos entregaran en la sala de partos un hijo que no es nuestro y no descubriéramos la trágica sustitución, ¿acaso no le amaríamos para siempre en la convicción de que es hijo nuestro? ¿Y por qué le amaríamos?, podríamos preguntarnos. ¿Porque es hijo nuestro? No. Porque pensamos que lo es. Porque nuestra inteligencia ha cometido un error, un grave error que nos ha llamado a engaño y, a resultas de ese error, nuestra voluntad se ha puesto a amar como a hijo a quien no tenía esa condición. Se comprende así por qué los padres adoptantes son capaces de amar a sus hijos no biológicos exactamente con la misma intensidad y cariño con que lo hacen los padres biológicos, y a veces con mucho más esfuerzo. El ascendente de la razón sobre la voluntad también ayuda a comprender el origen de la plaga del aborto: la inteligencia, a través de un poderoso constructo intelectual, ha persuadido a muchas mujeres, con tal fuerza de convicción, de que ciertos hijos pueden aniquilarse que ha llegado a anular el que, probablemente, es el sentimiento más arraigado en la naturaleza femenina: la maternidad.

Nuestro 'instinto' es la razón, pero es una razón falible y transida de libertad, que podemos utilizar para el bien o para el mal.

Casi como corolario de lo anterior, surge la necesidad de poner la voluntad en el amor. La voluntad inteligente sabe que el amor en presente es un engaño. Un amor que no promete es un fraude. Sólo ama quien quiere amar, quien proyecta el sí matrimonial decididamente hacia el futuro, hacia la eternidad. La razón de casarse no es – únicamente- amar ahora, sino querer amar. Amar es una premisa necesaria (o muy conveniente), pero no suficiente. No me caso porque amo, sino para amar. El sí del matrimonio se proyecta al futuro, a todo mi futuro. Es el acto soberano de la libertad: poseerse íntegramente y donarse a otro. Por eso, amar es importante, pero más lo es querer amar. Así pues: no me caso porque amo, sino porque amaré.

El amor inteligente sabe hacer de sí mismo tarea, misión, futuro, vocación porque, como enseña Armando Segura, el pasado, lo hecho, lo conocido sirve para poco: es punto de partida y, como todo punto de partida, está para dejarlo.

El secreto de la desgracia del ser humano, enseñaba Armando Segura en una conferencia dictadas en esta misma sala, es considerar el punto de partida como punto de llegada y el de su felicidad, considerar el punto de llegada como punto de partida: llego para partir; no “hemos llegado”, sino “partamos”. No he llegado al matrimonio, no

he conquistado el amor matrimonial, sino que hoy, no importa el día que sea, empiezo a realizarlo, a actualizarlo y a proyectarlo de nuevo hacia el futuro.

El ser humano, para ser esencialmente lo que es, vive fundamentalmente de lo que no existe. Lo que existe, lo que conoce, lo que tiene es siempre punto de partida y el hombre que se limita a conservarlo (el conservador por naturaleza) es un desgraciado, pues no tiene tarea. El casado que no hace día a día su futuro, que no hace a su marido, a su mujer, y no se empeña en que sea y sea más, mejor cada día, es un desgraciado, no tiene misión; o se tiene a sí mismo como misión, lo que es más triste todavía.

El hombre sin tarea, sin misión, es el mayor desgraciado del mundo. Es el hombre que sólo se tiene a sí mismo, que no sueña, que no avanza; que sólo se repite. Es el drogadicto, el alcohólico, el adicto al sexo, para quien su tarea es la repetición y su punto de partida es siempre punto de llegada, ya conoce el final, siempre conoce el final al que está irremisiblemente atado.

El sexo, por ejemplo, está ahí, en la naturaleza humana, para ser punto de partida y tender a la constitución de una familia; si sólo se utiliza para disfrutar de él, se infrautiliza y se convierte en punto de llegada, en nada, en pasado, en repetición.

Por eso puede decir Ricardo Yepes que el matrimonio es más “promesa” que “pacto” de amor, porque la promesa es futura (anticipa una decisión: ¡siempre te volveré a elegir!), desinteresada (espontánea y a cambio de nada) e incondicionada (se compromete de un modo tal, sin condición).

“La promesa nace del amor, el convenio del interés (...) quienes han de recurrir al pacto no han sido aún capaces de elevarse hasta el amor (...), hoy en día es frecuente una versión *débil* y *pactista* del amor, que consiste en renunciar a que no se pueda interrumpir. Este modo de vivirlo se traduce en el abandono de las promesas: nadie quiere comprometer su elección futura, porque se entiende el amor como convenio, y se espera que dé siempre beneficios”, explica el mismo Yepes.

La voluntad que se decide a amar ha de ser soberana, libre hasta el extremo. No hay amor sin libertad: *“La persona que no ha hecho operativa su libertad, extendiendo el imperio de la voluntad y del entendimiento al resto de sus facultades y potencias, la persona dominada por las pasiones, por el ambiente, por los vaivenes de un humor incontrolado, esa persona, si no lucha por dominarse, es incapaz de amar. Sólo quien ejerce el señorío de su propio ser puede, en un acto soberano de libertad, entregarlo plenamente a los otros, al hombre o mujer elegidos, a quien haya hecho objeto de sus amores”* (Tomás Melendo, *Ocho lecciones sobre el amor humano*).

Ortega y Gasset decía que *“el acto en que más radicalmente se siente el hombre libre es aquél en que por íntima decisión se liga y entrega (...) En cambio, cuando el hombre sigue un capricho le queda en el fondo un sabor de servidumbre.”*

El matrimonio es, pues, para personas libres, capaces de poseerse a sí y a su futuro y entregarse para siempre a otra persona. Una libertad que se hace deuda, “deuda de amor” (Javier Hervada, Pedro Juan Viladrich), “justicia enamorada” (Tomás Melendo), porque quiere, porque le da la gana.

En efecto, una de las grandes dificultades de algunos jóvenes de hoy es su incapacidad de amar: no se han negado nada, no saben lo que es la entrega, no saben apartar el yo y ponerlo entre paréntesis y, aunque quieren, no pueden amar, son esclavos de sus tendencias. ¡Quieren amar para siempre! Sienten en lo más íntimo de su corazón un anhelo de eternidad, y cuando pronuncian el sí del amor verdadero no dudan de su deseo de perpetuidad, sino de su capacidad de conseguirla, de la constancia y consistencia de su voluntad, de su amor.

Y en cuanto a conocimientos, los jóvenes no van a la zaga de los adultos, sino muy por delante: tienen a su alcance todos los medios, técnicos y humanos, para procurarse la información necesaria para amar. Pero no basta el conocimiento; si no hay señorío de sí (hábitos, virtudes), la voluntad nunca será capaz, aunque quiera, de enseñorearse del sentimiento y del impulso sexual a fin de llevarlos a la persona amada.

A menudo el papel de la voluntad es el de optimizar los sentimientos, es decir, dirigirlos al amor, provocarlos cuando languidecen e invocarlos una y otra vez.

Pero hay una premisa: la voluntad ha de aperebirse de esto y no empeñarse en amar sin sentir (tampoco en sentir sin amar, es decir, sin querer, sin voluntad, como hemos dicho antes), pues en la naturaleza humana (a diferencia de la divina o de la angélica) la voluntad no es capaz de amar de forma cabal, propiamente humana, sin el auxilio de otras potencias inferiores: del sentimiento, de la sensualidad. Es decir, la voluntad humana necesita los sentimientos para ser ella misma. Amar sólo con la voluntad es sobrehumano, no nos corresponde.

Hay quien habla (Von Hildebrand) de una nueva potencia, el ‘corazón’, que completaría la voluntad y el entendimiento, y hay quien sostiene que la afectividad, el corazón está ya en una noción completa de la voluntad.

Lo importante es la conclusión: sólo la recíproca interrelación entre las tres (entendimiento, voluntad y afectividad) humaniza el amor y lo blindo frente las asechanzas de fuera y de dentro:

- i. la voluntad motivada por el sentimiento es capaz de poner en marcha los resortes de la inteligencia (inteligencia: intus legere: leer el interior) para conocer al amado de manera cabal;
- ii. ese conocimiento (inteligencia) del amado, a su vez, empuja de nuevo a la voluntad, que quiere conocer más y sentir-le más;
- iii. y entonces el amante descubre, busca, pregunta y encuentra las fórmulas, las técnicas, los modos que le permitirán redoblar el sentimiento que prolongará el impulso de la voluntad... y así sucesivamente.

El sentimiento se convierte, pues, en lo que en verdad es: no una rémora sino la prolongación de la voluntad.

En fin de cuentas, como afirma Javier Escrivá, normalmente se obtiene lo que se pone. Si pongo un amor a término, eso mismo obtendré; si mi amor es para siempre, tenderé a esa meta. Porque, si no prometo amor para siempre, ¿para qué voy a intentarlo? ¿Y ella? ¿Por qué lo va a intentar ella?

Si hay una falla en el origen, se hace muy difícil amar para siempre. La tentación de abandonar estará siempre ahí, amenazante —o sugerente, acaso—, y mi amor se instalará en la zozobra, en la incertidumbre. ¿Podré mostrarme como realmente soy? ¿Y si me porto mal? ¿Y si me equivoco? ¿Colmaré sus expectativas?

Todo esto me distraerá de lo más importante: amar, amar sin red. Hay una condición del amor ineludible: la vulnerabilidad. Hay mucha gente que no quiere volver a amar porque no quiere volver a sufrir. Y hacen bien. El amor real, el comprometido, es esforzado, sufre por el amado porque vive en él y quiere que sea feliz.

Algunas filosofías y técnicas orientales presentan un camino para evitar el sufrimiento: desasirse de todo sentimiento; hacerse uno con el todo impersonal. Y, ciertamente, por esta vía se puede llegar a alcanzar una cierta felicidad, la que José Antonio Marina llama la “felicidad de la almeja”. Nosotros hemos recibido el ejemplo de otro amor: el amor de un Dios que se hizo vulnerable, se puso en manos de los hombres y sufrió... hasta el extremo.